

# Capítulo 1

*Érase una vez, en un país muy lejano, un duque empobrecido que vivía con sus tres hijas.*

*De El príncipe Cuervo*

*Little Battleford, Inglaterra*

*Marzo de 1760*

**J**amás es buena la combinación de un caballo galopando a excesiva velocidad, un camino embarrado justo en un recodo y una señora caminando por él. Incluso en las mejores circunstancias, las posibilidades de que la cosa acabe bien son deprimentemente pocas. Si a eso añadimos un perro muy grande, reflexionó Anna Wren en ese mismo momento, el desastre se hace inevitable.

Al ver a Anna en su camino, el susodicho caballo dio un repentino salto hacia un lado; el mastín, que iba corriendo a su lado, reaccionó metiéndose debajo de su nariz, con lo cual el caballo se encabritó. Volaron por el aire los cascos del tamaño de un plato. Lógicamente, el enorme jinete salió despedido de la silla y fue a aterrizar a los pies de ella, como un halcón que ha bajado en picado del cielo, aunque con menos gracia; con las largas extremidades extendidas, perdidos su fusta y su tricornio, el hombre aterrizó con un espectacular chapoteo en un charco de barro, haciendo saltar una muralla de agua sucia sobre ella, empapándola.

Todos se quedaron inmóviles, incluso el perro.

*Idiota*, pensó Anna, aunque no fue eso lo que dijo. Las viudas respetables, de una cierta edad, treinta y un años dentro de dos meses, no arrojan insultos, por pertinentes que sean, a los caballeros. No, de ninguna manera.

—Espero que no haya sufrido ningún daño con la caída —dijo. Sonrió entre dientes al empapado hombre—. ¿Me permite que le ayude a levantarse?

Él no correspondió a su amabilidad.

—¿Qué diablos hacía en medio del camino, so tonta?

Diciendo eso el hombre se levantó del charco y se plantó ante ella muy erguido, de esa manera irritante que adoptan los caballeros con el fin de parecer importantes cuando acaban de hacer el ridículo. Las gotas de agua sucia que le bajaban por la cara blanca y marcada por las señales de la viruela le daban un aspecto horroroso. Las mojadadas pestañas largas y tupidas que enmarcaban sus ojos negros y brillantes como la obsidiana no compensaban la nariz ni el mentón grandes ni los labios delgados y pálidos.

—Lo siento —dijo Anna, manteniendo la sonrisa—. Iba caminando a casa. Naturalmente, si hubiera sabido que usted necesitaría todo el ancho del camino real...

Al parecer la pregunta de él había sido retórica, porque se alejó pisando fuerte, haciendo caso omiso de ella y de su explicación. Sin recoger su fusta ni su sombrero, caminó hacia el caballo, soltando maldiciones en voz baja, en un tono monótono curiosamente tranquilizador.

El perro se había sentado y estaba contemplando el espectáculo.

El caballo, que era un bayo flaco, tenía unas raras manchas blancas en el pelaje que le daba la desafortunada apariencia de un pío. Puso los ojos en blanco al ver acercarse al hombre y se alejó unos pasos hacia un lado.

—Muy bien, pega brincos como una virgen cuando le aprietan por primera vez una teta, asqueroso pedazo de pellejo comido de gusanos —le dijo el hombre al caballo en un tono de arrullo—.

Cuando te coja, horrible cruce de camello enfermo y burra de ancas caídas, te retorceré ese pescuezo de cretino, ya verás.

El caballo levantó las orejas mal hermanadas para oír mejor la arrulladora voz de barítono del hombre y avanzó un paso hacia él, indeciso. Anna comprendió muy bien al animal. La voz de ese hombre feo era como el roce de una pluma en la planta del pie: irritante y seductor al mismo tiempo. ¿Habría con una voz igual cuando le hacía el amor a una mujer? Sólo cabía esperar que las palabras no fueran las mismas.

El hombre se acercó al confundido caballo lo suficiente para coger las riendas. Y ahí estuvo un minuto susurrando obscenas palabrotas; después montó con un solo y ágil movimiento. Sus musculosos muslos, revelados indecorosamente por los pantalones de ante mojados, se apretaron alrededor del lomo del caballo al tiempo que lo hacía girar la cabeza.

Inclinó la cabeza sin sombrero hacia Anna.

—Señora, buen día.

Acto seguido, puso al caballo al trote y, sin mirar ni una sola vez atrás, se alejó por el camino, con el perro corriendo a un lado. En un momento se perdió de vista; en otro momento se apagó el sonido de los cascos del caballo.

Entonces Anna miró al suelo.

Su cesta estaba en el charco, y su contenido, la compra de la mañana, desparramado por el camino. Debió dejarla caer cuando saltó hacia un lado para evitar el choque con el caballo. Y bueno, ahí estaba la media docena de huevos rotos, con las yemas amarillas medio flotando en el agua lodosa, y junto a ellas un arenque la miraba con ojos siniestros, como si ella tuviera la culpa de su aterrizaje tan poco digno. Recogió el pescado y lo limpió; eso, por lo menos, se podía salvar. Su vestido gris, en cambio, le colgaba lastimosamente, aun cuando su verdadero color no era muy diferente del barro que lo ensuciaba. Se tiroñó la falda para despeársela de las piernas y, suspirando, la dejó caer. Miró hacia ambos lados del camino. Arriba, las ramas desnudas de los árboles se agitaban con el viento. No se veía a nadie.

Hizo una inspiración profunda y dijo en voz alta la palabra prohibida, delante de Dios y de su alma eterna:

—¡Cabrón!

Retuvo el aliento, esperando que la partiera un rayo o, tal vez más probable, que la pinchara una punzada de culpabilidad. No ocurrió ni lo uno ni lo otro, lo cual debería inquietarla. Al fin y al cabo, las damas no insultan con palabrotas a los caballeros, sea cual sea la provocación.

Y ella era, por encima de todo, una dama respetable, ¿no?

Cuando llegó, medio cojeando, al corto camino de entrada a su casa, la falda y las enaguas ya se habían secado, y estaban tiesas por el barro. En verano, las exuberantes flores que llenaban el pequeño jardín daban alegría a la casa, pero en esa época del año sólo había barro. Antes de llegar a la puerta esta se abrió y asomó la cabeza una mujer bajita con tirabuzones de pelo gris paloma agitándose sobre sus sienes.

—Ah, has llegado —le dijo, moviendo una cuchara de palo mojada con salsa, echándose sin darse cuenta unas gotas en la mejilla—. Con Fanny hemos estado preparando un estofado de cordero, y creo que ha mejorado su salsa. Vamos, casi no se ven los grumos. —Se le acercó más a susurrarle—: Pero seguimos trabajando en las bolas de masa. Me parece que tienen una textura rara.

Anna le sonrió cansinamente a su suegra.

—Seguro que el estofado va a quedar exquisito.

Entró en el estrecho recibidor y dejó la cesta en el suelo. La mujer mayor sonrió de oreja a oreja, y luego arrugó la nariz.

—Querida, siento un olor raro que viene de... —se interrumpió y le miró la cabeza—. ¿Por qué llevas hojas mojadas en el sombrero?

Anna hizo un mal gesto y se tocó el sombrero.

—Tuve un pequeño percance en el camino.

Madre Wren dejó caer al suelo la cuchara, por los nervios.

—¿Un percance? ¿Te has hecho daño? Vamos, por tu vestido da la impresión de que te hayas revolcado en una porqueriza.

—Estoy muy bien, sólo un poco mojada.

—Bueno, tenemos que ponerte ropa seca inmediatamente, querida. Y tu pelo... —Madre Wren se interrumpió para gritar en dirección a la cocina—: ¡Fanny! Tendremos que lavarlo. Tu pelo, quiero decir. Venga, sube y deja que te ayude. ¡Fanny!

Una chica, toda codos y manos enrojecidas, y coronada por una mata de pelo color zanahoria, apareció por un lado del recibidor.

—¿Qué?

Madre Wren se detuvo en la escalera detrás de Anna y se inclinó por encima de la baranda.

—¿Cuántas veces te he dicho que digas «Sí, señora»? Nunca llegarás a servir en una casa grande si no hablas correctamente.

Fanny miró pestañeando a las dos mujeres, con la boca ligeramente abierta.

La madre Wren exhaló un suspiro.

—Ve a poner a calentar agua en una olla. La señorita Anna se va a lavar el pelo.

La chica entró corriendo en la cocina y luego se volvió para asomar la cabeza.

—Sí, señora.

La empinada escalera terminaba en un diminuto rellano. A la izquierda estaba la habitación de la mujer mayor; a la derecha, la de Anna. Anna entró en su pequeña habitación y fue directamente a mirarse en el espejo que colgaba encima de la cómoda.

—No sé adónde va a ir a parar la ciudad —resolló su suegra detrás de ella—. ¿Fue un coche el que te salpicó de barro? Algunos de esos cocheros de las diligencias correo son sencillamente unos irresponsables. Se creen que el camino les pertenece a ellos solos.

—No podría estar más de acuerdo —dijo Anna, mirándose en el espejo. Sobre el borde del espejo colgaba una guirnalda de flores de manzano ya secas y marchitas, recuerdo de su boda. El pelo parecía un nido de ratas, y tenía manchas de barro incluso en la frente—. Pero en este caso fue un solo jinete.

—Peor aun, esos caballeros a caballo —masculló madre Wren—. Vamos, no creo que sean capaces de controlar a sus animales, algunos de ellos. Son terriblemente peligrosos. Son un peligro para las mujeres y los niños.

—Mmm —convino Anna.

Se quitó el chal y al girarse se golpeó la espinilla con una silla. Paseó la vista por la pequeña habitación. Ahí había pasado con Peter los cuatro años de su matrimonio. Colgó el chal y el sombrero en el gancho donde antes colgaba la chaqueta de Peter. La silla donde él apilaba sus pesados libros de leyes ahora le servía de mesilla de noche. Incluso su cepillo para el pelo, con unos cuantos pelos rojos cogidos en las púas, ya estaba guardado por ahí desde hacía mucho tiempo.

—Por lo menos salvaste el arenque —le dijo madre Wren, todavía nerviosa—. Aunque no creo que un remojón en el barro le mejore el sabor.

—Claro que no —contestó Anna, distraída.

Sus ojos volvieron a la guirnalda. Se estaba deshaciendo; eso no era de extrañar, puesto que ya hacía seis años que se había quedado viuda. Horrible cosa. Estaría mejor en el montón de basura para humus de la huerta. Tomó nota mental de ocuparse de eso después.

—A ver, querida, deja que te ayude —dijo madre Wren, comenzando a desabrocharle el vestido desde abajo—. Tendremos que limpiar esto con la esponja inmediatamente. Tiene bastante barro en la orilla. Tal vez si le aplicara otro adorno... —Se le apagó la voz al inclinarse—. Ah, eso me recuerda, ¿le vendiste mi encaje a la sombrerera?

Anna se bajó el vestido y sacó los pies.

—Sí, le gustó mucho. Dijo que era el encaje más fino que había visto desde hace tiempo.

—Bueno, llevo casi cuarenta años haciendo encaje —dijo madre Wren, tratando de parecer modesta. Se aclaró la garganta—. ¿Cuánto te dio por él?

Haciendo un gesto de pena, Anna cogió su raída bata.

—Un chelín y seis peniques.

—Pero si trabajé cinco meses en él —exclamó madre Wren.

—Lo sé —suspiró Anna, soltándose el pelo—. Y, como he dicho, lo consideró de la mejor calidad. Lo que pasa es que el encaje no se vende mucho.

—Sí que se vende: cuando está puesto de adorno en una papalina o un vestido —masculló madre Wren.

Anna hizo un gesto compasivo. Cogió una toalla de baño de un gancho bajo el alero y las dos mujeres bajaron la escalera en silencio.

En la cocina, Fanny estaba muy quieta vigilando un cazo con agua puesto al fuego. De las negras vigas colgaban atados de hierbas secas, que perfumaban el aire. El viejo fogón de ladrillos ocupaba casi toda una pared. En la pared opuesta había una ventana enmarcada por cortinas que daba a la huerta de atrás. Allí las lechugas formaban fila, adornando como volantes de encaje la melga de la pequeña huerta, y los rábanos y nabos estaban listos para cogerlos desde hacía una semana.

Madre Wren colocó una desconchada jofaina en la mesa de la cocina. De superficie lisa y desgastada por muchos años de limpieza, la mesa ocupaba el lugar de honor en el centro de la estancia. Por la noche la retiraban junto a la pared para que la joven Fanny pudiera desenrollar su jergón delante del fogón.

Fanny llevó el cazo con agua. Anna se inclinó sobre la jofaina y madre Wren le echó el agua en la cabeza. Estaba tibia.

Mientras se enjabonaba el pelo, Anna hizo una profunda inspiración.

—Creo que tendremos que hacer algo respecto a nuestra situación económica.

—Uy, no digas que hay que hacer más recortes, querida —gimió madre Wren—. Ya hemos renunciado a la carne fresca, aparte del cordero los martes y los jueves. Y hace siglos que ninguna de nosotras estrena un vestido nuevo.

Anna observó que su suegra no mencionaba el mantenimiento de Fanny. Aunque supuestamente la chica era al mismo tiempo criada y cocinera, en realidad estaba ahí por un impulso caritativo de las

dos. Cuando murió su único pariente, su abuelo, Fanny tenía diez años; entonces en el pueblo se habló de enviarla al asilo de los pobres y ella se sintió obligada a intervenir. Desde entonces vivía con ellas. Madre Wren tenía la esperanza de formarla para que pudiera trabajar en una casa importante, pero hasta el momento su progreso era lento.

—Usted se ha portado muy bien con los ajustes que hemos hecho —dijo, frotándose el cuero cabelludo con la poca espuma—. Pero las inversiones que nos dejó Peter ya no nos dan tanto como antes. Nuestros ingresos han ido disminuyendo de modo parejo desde que él murió.

—Es una pena que nos haya dejado tan poco para vivir —dijo madre Wren.

Anna exhaló un suspiro.

—No era su intención dejarnos una suma tan pequeña. Era muy joven cuando la fiebre se lo llevó. No me cabe duda de que si hubiera vivido habría hecho rendir muy bien los ahorros.

En realidad, Peter había mejorado la situación económica desde la muerte de su padre poco después de la boda. El anciano tenía buenos ingresos como abogado, pero varias inversiones imprudentes lo habían dejado tremendamente endeudado. Después de casarse, Peter vendió la casa en que se crió para pagar esas deudas y trasladó a su flamante esposa y a su madre a una casa mucho más pequeña. Estaba trabajando como abogado cuando enfermó y murió a las dos semanas.

Dejándola a ella a cargo de la casa, la familia, y sola.

—Agua para aclararme, por favor.

Un chorro de agua fría le cayó sobre la nuca y la cabeza. Se aclaró bien, asegurándose de que no le quedara nada de jabón y se estrujó el pelo para escurrir el máximo de agua. Después se envolvió la cabeza con la toalla y se enderezó.

—Creo que debería buscarme un trabajo.

—Ay, querida, eso no —exclamó madre Wren, dejándose caer en una silla—. Las damas no trabajan.

A Anna se le curvaron solos los labios.

—¿Prefiere que siga siendo una dama y las dos nos muramos de hambre?

Madre Wren titubeó, incluso pareció que se lo pensaba.

—No me conteste a eso —dijo Anna—. No llegaremos a tanto. De todos modos, necesito encontrar una manera de traer algún ingreso a casa.

—Tal vez si yo hiciera más encaje. O... o yo podría renunciar totalmente a la carne —dijo su suegra, algo desesperada.

—No deseo que haga eso. Además, mi padre se ocupó de darme una buena educación.

A Madre Wren se le iluminó la cara.

—Tu padre fue el mejor párroco que ha tenido Little Battleford, Dios tenga su alma en paz. Y sí que daba a conocer a todo el mundo sus opiniones sobre la educación de los hijos.

—Mmm. —Anna se quitó la toalla de la cabeza y comenzó a peinarse el pelo mojado—. Se encargó de que yo aprendiera a leer, a escribir y a sumar y restar. Incluso sé un poco de latín y de griego. Mañana mismo podría empezar a buscar un puesto como institutriz o dama de compañía.

—La vieja señora Lester está casi ciega. Supongo que su yerno te contrataría para que le leyeras... —se interrumpió.

Al mismo tiempo Anna sintió un olor acre en el aire.

—¡Fanny!

La jovencísima criada, que había estado mirándolas mientras conversaban, lanzó un grito y corrió a ver la olla con el estofado que estaba sobre el fuego.

Anna emitió un gemido. Otra cena quemada.

Felix Hopple se detuvo ante la puerta de la biblioteca del conde de Swarthingham para comprobar su apariencia. Su peluca, con dos apretados bucles como salchichas a cada lado, estaba recién empolvada en un favorecedor tono lavanda. Su chaleco castaño rojizo, ri-

beteado por hojas de parra amarillas bordadas, destacaban su figura, bastante esbelta para ser un hombre de sus años. Y sus medias a rayas verdes y naranjas eran hermosas sin ser ostentosas. Su pulcritud y vestimenta eran la perfección misma; en realidad no tenía ningún motivo para titubear ahí fuera.

Exhaló un suspiro. El conde tenía la desconcertante tendencia a gruñir, y en su calidad de administrador de Ravenhill Abbey,\* había oído muchísimas veces ese inquietante gruñido esas dos últimas semanas. Lo hacía sentirse como esos desgraciados caballeros indígenas de los que se lee en los libros sobre viajes, que viven a la sombra de enormes y ominosos volcanes; el tipo de volcán que puede hacer erupción en cualquier momento. No podía entender, por qué lord Swartingham decidió tomar residencia en Ravenhill después de años de dichosa ausencia, pero tenía la deprimente impresión de que el conde seguiría viviendo ahí mucho, muchísimo tiempo.

Se pasó la mano por la pechera del chaleco. Se dijo que si bien el asunto de que iba a hablarle al conde no era en absoluto agradable, de ninguna manera podía considerarse culpa suya. Así preparado, inclinó la cabeza, en gesto de asentimiento, y golpeó la puerta de la biblioteca.

Pasado un momento de silencio, se oyó un voz profunda y segura:

—Adelante.

La biblioteca estaba en el ala occidental de la mansión señorial, y por las ventanas que ocupaban casi toda la pared del lado de la fachada entraba el sol de última hora de la tarde. Cualquiera podría pensar que eso convertiría la estancia en un lugar soleado, luminoso y acogedor, pero por algún motivo desconocido, una vez dentro, la luz del sol parecía apagarse en ese enorme y cavernoso espacio, y

\**Raven*: cuervo. Ravenhill Abbey: Abadía Colina del Cuervo. Aunque se seguía llamando abadías a estas casas señoriales, desde que Enrique VIII instaurara la Iglesia Anglicana, dejaron de serlo. (*N. de la T.*)

la sala quedaba envuelta en tinieblas. El cielo raso, a una altura de dos plantas, estaba bañado en sombras.

El conde se encontraba sentado tras un enorme escritorio barroco que haría parecer pequeño a un hombre más bajo. Cerca, el fuego del hogar pretendía dar alegría al lugar y fracasaba lastimosamente. Un gigantesco perro moteado descansaba delante del hogar como si estuviera muerto. Felix arrugó la nariz. El perro era un chuchito de raza indefinida, tal vez mezcla de mastín con algo de perro lobo. El resultado era un animal feo, de aspecto fiero, al que él trataba de evitar por todos los medios.

Se aclaró la garganta.

—¿Si pudiera concederme un momento, milord?

Lord Swartingham levantó la vista del papel que tenía en las manos.

—¿Qué pasa ahora, Hopple? Entra, entra, hombre. Siéntate ahí mientras termino de leer esto. Dentro de un momento tendrás toda mi atención.

Felix avanzó hasta uno de los sillones situados delante del escritorio de caoba y se sentó, con un ojo puesto en el perro. Aprovechó el momento para mirar atentamente a su empleador, con el fin de hacerse una idea de su humor. El conde estaba mirando ceñudo el papel que tenía en las manos; las marcas de la viruela le daban una expresión particularmente poco atractiva. Claro que este no era el problema, ya que el conde solía estar ceñudo casi siempre.

Lord Swartingham dejó a un lado el papel, se quitó los quevedos de media luna y apoyó su considerable peso en el respaldo del sillón, haciéndolo crujir. Felix se encogió, compasivo.

—¿Bien, Hopple?

Felix sonrió tímidamente.

—Milord, tengo una noticia desagradable que espero no se tome muy a mal.

El conde lo miró fijamente por encima de su enorme nariz, sin hacer ningún comentario.

Felix se tironeó los puños de la camisa.

—El nuevo secretario, el señor Tootleham, tuvo noticia de una urgencia familiar que lo obligó a presentar inmediatamente su dimisión.

En la cara del conde no hubo ningún cambio de expresión, aunque comenzó a tamborilear con los dedos en el brazo de su sillón.

Felix se apresuró a continuar, hablando rápido:

—Al parecer, los padres del señor Tootleham, que viven en Londres, han caído enfermos de una fiebre y necesitan su presencia. Es una enfermedad muy virulenta, con sudores, diarreas y... es muy contagiosa.

El conde arqueó una negra ceja.

—Esto..., eeh..., en realidad, los dos hermanos del señor Tootleham, sus tres hermanas, su anciana abuela, una tía y el gato de la familia se han contagiado y son absolutamente incapaces de arreglárselas solos.

Se interrumpió y miró al conde.

Silencio.

Felix se las arregló valientemente para no seguir balbuceando.

—¿El gato? —preguntó el conde con un suave gruñido.

Felix comenzó a farfullar una respuesta, pero lo interrumpió una obscena y sonora palabrota. Alcanzó a agacharse con su recién adquirida práctica al ver que el conde cogía un jarro de porcelana para arrojarlo hacia la puerta, y consiguió que este le pasara volando por encima de la cabeza. El jarro golpeó la puerta con un terrible estruendo, complementado por el tintineo de los trozos al caer al suelo. El perro, que al parecer estaba acostumbrado a los extraños modos en que el conde aireaba su esplín, simplemente suspiró.

Lord Swarthingham resolló unas cuantas veces y clavó en Felix sus ojos negros como el carbón.

—Supongo que me has encontrado un sustituto.

De repente Felix sintió muy apretada la corbata. Se pasó un dedo por la parte superior.

—Esto..., en realidad, milord, si bien, claro, he buscado con mucha diligencia, y... eh..., esto, de verdad, he buscado en todos los pue-

blos cercanos, todavía no he... —Tragó saliva y miró valientemente a los ojos a su empleador—. Me temo que aún no he encontrado un nuevo secretario.

Lord Swartingham no se conmovió.

—Pues necesito un secretario para que copie mi manuscrito para la serie de charlas de la Sociedad Agraria dentro de cuatro semanas —le espetó, en un tono terrible—. De preferencia uno que dure más de dos días. Encuéntrame uno.

Dicho eso cogió otra hoja de papel y reanudó su lectura.

La audiencia había terminado.

—Sí, milord —dijo Felix, levantándose del sillón y caminando hacia la puerta—. Comenzaré a buscar inmediatamente, milord.

Lord Swartingham esperó hasta que Felix estuvo casi en la puerta para bramar:

—Hople.

Ya a punto de escapar, Felix retiró la mano del pomo, sintiéndose culpable.

—¿Milord?

—Tienes hasta pasado mañana a primera hora.

Felix miró la cabeza agachada de su empleador, sintiéndose como debió sentirse Hércules cuando vio por primera vez los establos de Augias.

—Sí, milord.

Edward de Raaf, quinto conde de Swartingham, terminó de leer el informe sobre su propiedad del norte de Yorkshire y lo dejó sobre la pila de papeles, junto con sus anteojos. La luz que entraba por la ventana se iba desvaneciendo rápido y muy pronto desaparecería. Se levantó del sillón y fue a asomarse a la ventana a mirar afuera. El perro también se levantó, se desperezó y fue a ponerse a su lado, golpeándole la mano con el hocico. Edward le acarició distraídamente las orejas.

Ese era el segundo secretario que se largaba en la oscuridad de la

noche en dos meses. Cualquiera diría que él era un dragón. Los dos secretarios eran más ratones que hombres. Huían sigilosos ante un poco de mal genio o una elevación de la voz. Si alguno de sus secretarios hubiera tenido las agallas de la mujer a la que estuvo a punto de atropellar esa tarde... Se le curvaron los labios. No se le había pasado por alto la sarcástica réplica de ella a su pregunta de por qué estaba en medio del camino. No, esa señora se mantuvo firme cuando él le arrojó su ira encima. Lástima que sus secretarios no fueran capaces de hacer lo mismo.

Miró furioso la oscura ventana. Estaba también esa otra perturbación que lo roía. El hogar de su niñez no era como lo recordaba.

Cierto, ya era un hombre. La última vez que vio Ravenhill Abbey era un joven imberbe todavía de duelo por la muerte de sus familiares. Y aunque en los veinte años que habían transcurrido desde entonces había viajado de ida y vuelta desde su propiedad del norte a su casa de ciudad en Londres, no sabía por qué, pero, jamás se había sentido en su hogar en ninguna de esas dos casas. Se había mantenido alejado justamente porque Ravenhill Abbey no sería jamás igual a como era cuando su familia vivía ahí. Había esperado que hubiera cambiado algo, pero no estaba preparado para esa tristeza y monotonía; ni para esa horrible sensación de soledad. Las habitaciones desiertas lo abatían, lo derrotaban, burlándose de él con las risas y la alegría que recordaba.

De la familia que recordaba.

El único motivo que lo impulsó a reabrir la mansión era que esperaba llevar allí a su futura esposa, si iban bien las negociaciones para un contrato de matrimonio. No quería repetir el error que cometió en su primer y corto matrimonio intentando establecerse en otra parte.

Aquella vez intentó hacer feliz a su joven esposa quedándose en Yorkshire, de donde era ella por nacimiento y crianza. Eso no resultó. En los años transcurridos desde la prematura muerte de su mujer había llegado a la conclusión de que ella no habría sido feliz en ninguna parte que hubieran elegido para formar un hogar.

Se apartó de la ventana y se dirigió a la puerta. Comenzaría como había decidido; continuaría viviendo en Ravenhill Abbey; la convertiría nuevamente en un hogar. Era la sede de su condado y el lugar donde debía replantar su árbol familiar. Y cuando el matrimonio diera sus frutos, cuando en la casa resonaran nuevamente las risas de niños, Ravenhill Abbey volvería a sentirse viva.